

Horas de ensueño

Hay una brisa fresca, amable y deliciosa,
que vibra en el pomar,
conduce las fragancias que da la tuberosa
y aromas de azahar.

Las almas en fatiga
que aspiren los aromas que da la rosa-té;
las almas que marcharon por páramos de ortiga
descansen sobre el césped como Angel Gavinet.

¡Oh, dulce Garcilaso!

Amaste las campiñas en flor como Fray Luis...
A veces me extasíó en busca de tu paso
y encuentro cada huella cubierta con un lis.

La gracia de las eras, la paz de las cabañas,
traen á mis recuerdos el himno del rosal;
el folio azul marino que muestran las montañas
me dice de las charlas del sol y el manantial.

LISÍMACO CHAVARRÍA

Para SELENIA

Los ojos

«Las niñas tienen sus ojos,
los ojos tienen sus niñas
y los ojos de las niñas
son las niñas de mis ojos».

Yo adoro los ojos porque hablan en silencio, en un lenguaje sin palabras pero más armonioso que todas las poestas, más dulce que todas las ternuras, más aromoso que todas las flores, más limpio que todas las fuentes, más luminoso que todas las estrellas.

Los ojos no hablan pero lo dicen todo, tienen esa magia que sorprende.

Cuando hablamos, las palabras pueden ser el eco de una mentira, vivimos de engaños, decimos las cosas por el capricho de decirlas, y rara vez, por desgracia, se dice lo que se siente.

Yo á las palabras les tomo el pelo, no les hago pizca de caso. Los ojos no saben engañar: en la mirada fría ó apasionada, indiferente ó atenta, vaga ó intensa, inte-

ligente ó estúpida, se adivina, se sorprende el tibio rayo de un cariño ó el témpano helado de un desdén, la rosa fresca de una simpatía ó el cardo seco de un odio.

Los ojos no hablan: miran, y lo que mira es sublime.

Suprimid los ojos en la mujer que amáis y ella sólo será una estatua de mármol: fría, dura, insensible.

La pupila es redonda porque lo redondo es lo infinito; es pequeña porque lo pequeño es lo delicado; es luminosa porque la luz es el amor.

Son el centro de la vida, los balcones que dan á los jardines del alma, las fuentes misteriosas donde se mira la conciencia. Para protegerlos les dió su autor una arma invicta, grande en su misma pequeñez, fuerte en su misma debilidad, poderosa en su misma impotencia: es la lágrima.

LUIS DOBLES SEGREDA